

EL MAYOR GENERAL IGNACIO AGRAMONTE Y LOINAZ.

ESTUDIO CRITICO. Por José. A. Martínez Mendez.

DATOS BIOGRAFICOS DEL HEROE.- EL POLITICO Y EL GUERRERO.- LA ACCION DE GUERRA EN JIMAGUAYU.- LA OFRENDA EPISTOLAR DEL GENERALISIMO.

"Mientras no se ha hecho lo posible, no se ha llenado el deber."—HUGO.

I.

**N**ACIO Agramonte en la ciudad de Puerto Príncipe (Camagüey) el 23 de diciembre de 1841. Hizo sus primeros estudios en diversos colegios de aquella ciudad. En 1855 ingresó en el famoso colegio "El Salvador" de Luz y Caballero, y allí continuó sus estudios superiores hasta que, ya terminados, empezó a cursar la carrera de Derecho en la Universidad de la Habana, donde se graduó de Licenciado en Leyes en febrero de 1866. Un hecho importante de su juventud tuvo lugar por esta época, cuando, con motivo de la investidura del grado, lo autorizaron para leer un discurso que concluyó de esta manera:

"El día que los hombres, conociendo sus derechos violados, se propongan reivindicarlos, irá al estruendo del cañón a anunciarle al Estado que cesó su letal dominación."

Evidentemente que Agramonte se refería, en aquella ocasión, a los agravios inferidos a Cuba por el sistema colonial; y, al desahogarse de esa manera, demostraba, dadas las circunstancias especialísimas del momento, cuán arraigadas eran sus convicciones, cuán generoso su corazón y cuán acendrado su patriotismo!

En 1868, después de trabajar en uno de los bufetes más acreditados de la Habana, se fué a vivir a Puerto Príncipe. Allí también ejerció su profesión de abogado con notable habilidad; y a principios de agosto contrajo matrimonio con la señorita Amalia Simoni y Argilagos, hija de un médico de renombre y dotada de una excelente reputación. El "Grito de Yara" dado por Céspedes en la "Demajagua", vino a turbar aquella felicidad, porque Agramonte, com-

prometido a entrar en la revolución del Camagüey, debido a los trabajos realizados en la logia "Tínima", secundó en seguida a la de Oriente, y salió para el campo de la insurrección, a donde días después fué aquella mujer adorable a compartir, con él la vida azarosa del mambí.

Era nuestro héroe, delgado, de seis pies y dos pulgadas de estatura, pálido, pero derecho y recio, fortalecido por el ejercicio del caballo y de la esgrima. Severo y reflexivo, de afectos tiernos y apasionados, de voluntad firme e inquebrantable; generoso, leal y comunicativo; de elocuente palabra y pluma fácil; inflexible contra el vicio y el desorden, valiente hasta la temeridad... Poseía en grado sumo el "carácter de mando que describe Villamartín en sus "Nociones del Arte Militar".

II.

EL POLITICO

Existe en los albores de la revolución de 1868, un detalle que es necesario tomar en consideración para comprender con más claridad el influjo político y militar de Agramonte en este período de nuestra Historia. La campaña revolucionaria en el Camagüey, por importantes cuestiones de forma, se dirigía con independencia de la de Oriente. Esto era un grave defecto de organización y un mal de origen para la guerra. Además, en el mismo Camagüey no había homogeneidad de sentimientos: mientras unos, como Agramonte, eran partidarios decididos de la guerra, otros, con Napoleón Arango por jefe, la abominaban, esperanzados en rectificaciones políticas y sociales que no eran posibles de conquistar sino por medio de las armas.

Vinieron, pues, las disensiones políticas que en torno de la guerra se agitaban, a demostrarle a Agramonte la necesidad de interrumpir sus actividades bélicas por las del paladín esforzado del

orden y de la disciplina. Y, resuelto, convencido de que la lucha debía iniciarse con todo el apoyo moral y material de sus compatriotas, acude a la junta del paradero de "Las Minas", donde Arango trataba de ganarse en su favor a los jefes revolucionarios, y allí, inspiradísimo y arrebatado, destruye los argumentos del infortunado emisario, terminando de esta manera su flagelante catilinaria.

"Acaben de una vez los capibudos, las torpez ditiaciones, las demandas que humillan: Cuba no tiene más camino que conquistar su redención, arrancándosela a España por la fuerza".

Aquel arranque de dignidad había salvado la revolución. Al mágico conjuro de aquel verbo apostófico, fué acordada la guerra y se creó un organismo que por su importancia no podía escapar a nuestra consideración. Nos referimos al "Comité Revolucionario del Camagüey".

Impulsado por aquella actividad que Agramonte sabía dar a sus cosas, el Comité, que contaba además con los recursos de su Presidente el Marqués de Santa Lucía, emprendió con extraordinaria diligencia a la organización de los servicios civiles y militares, estableciendo talleres de calzado y ropa,

fábrica de pólvoras y armas, etcétera; prohibiendo el saqueo y destrucción de las propiedades y estrechando, cada vez más, el sitio de Puerto Príncipe, que estaba asediado desde fines del 68. El Comité había satisfecho, en principio, las reglas más exigentes del Arte en cuanto a política militar, sustento y organización del Ejército en campaña.

Pero aun quedaba en pie el problema capital: la guerra había que hacerla en toda la Isla e por lo menos, unir las provincias orientales. Limitada al Camagüey, una guerra de aquellas proporciones no respondía a la finalidad perseguida, al objetivo común. Consecuente con esto, el Comité inició los

trabajos para la formación de un Gobierno que, investido de los poderes de la República en armas, se hiciera cargo de la dirección de las operaciones fomentara y sostuviera relaciones con el extranjero y, en último término, aportara recursos para la guerra.

El alzamiento de Las Villas a principios del 69, produjo en "Sibanicú" la inauguración de la Asamblea de Representantes del Centro, integrada por elementos de Las Villas y del Camagüey, y que acordó la disolución del Comité Revolucionario. En aquel nuevo organismo Agramonte continuaba con la importantísima misión de organizar las fuerzas, atender a su preparación y gestionar la fundación del Gobierno Republicano. Por esta época la personalidad militar y política del futuro General se destacaba perfectamente.

Someter las revoluciones a normas jurídicas y ajustar la guerra, en lo posible, a las reglas generales del Arte, sin desviarla jamás del ideal colectivo, ha sido la característica principal de los grandes caudillos americanos. Eso es lo que Agramonte quería para Cuba. Y los hombres del 68, verdaderos patriotas sacrificados en su patrimonio, en todo lo que hay de grande y perseguido en el hombre, respondieron a este noble propósito con un gesto que los enaltece: reunidos en Guáimaro representantes de Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente, resolvieron, en síntesis, decretar la Constitución Política, la formación del Gobierno Republicano y la creación de elevados cargos civiles y militares. En virtud de esto, ocupó la Presidencia de la República el ilustre Carlos Manuel de Céspedes, y la Jefatura del Ejército el general Manuel de Quesáda. A Ignacio Agramonte se le ofreció el mando de la División del Camagüey, con cargo de Mayor General.

La obra realizada en Guáimaro tras múltiples esfuerzos, satisfizo plenamente las aspiraciones del pueblo de Cuba y principalmente de los camagüeyanos que la concibieron. Por eso un prócer de nuestra libertad — el Dr. Domingo Méndez Capote — refiriéndose a ella, ha podido decir con estricta justicia:

"El 10 de abril de 1869 se dictó lo que se consideró la consecución de un ideal: una República en los campos, una República a salto de mata, pero que respondía a la idealidad fundamental del cubano de consagrar y reseptar el derecho, por lo cual luchaba contra la opresión militar de España; proclamando así que no iba a los cam-

pos ni sacrificaba su vida y porvenir con el sólo y exclusivo propósito de separarse de la dominación española como mera forma, sino con el propósito de coadyuvar a la organización administrativa, a la organización republicana, en la cual tuvieran cabida todas las aspiraciones de aquellos tiempos en la sociedad cubana".

Habiéndose conseguido con la organización del Gobierno, la proclamación de las libertades que habían de dar entusiasmo a los nuevos soldados de Cuba, entendió Agramonte que el problema fundamental del país era la guerra y no la política. Y consecuente con este postulado, acepta, plétórico de entusiasmo, el cargo de Mayor General de la División del Camagüey, terminando con esto su carrera política, que por su singular importancia, nosotros convenimos en que fué el alma de Guáimaro y de la República Democrática.

III.

EL GUERRERO

Cuando el general Agramonte tomó el mando de las fuerzas camagüeyanas el 26 de abril de 1869, era un jefe en la verdadera acepción militar del vocablo. Aquel hombre infatigable se había preparado eficazmente para la guerra. Desde el inicio de ésta y sin abandonar sus actividades en el Comité Revolucionario del Camagüey y en la Asamblea de Representantes del Centro, había consultado obras militares de diversos autores, había estudiado nada menos que la "Táctica de las Tres Armas" del Marqués del Duero. De manera que cuando inició su mando lo primero que hizo fué organizar los Cuerpos de exploradores y echar los cimientos de aquella esforzada caballería camagüeyana, que en opinión del general español Jiménez Castellanos "era capaz de competir con la mejor". Después organizó la infantería: la unidad táctica era el Batallón de seis compañías. Cada compañía — según Pirala — constaba de:

Un capitán, un teniente, dos subtenientes, un sargento primero, tres sargentos, cinco cabos, un corneta y setenta y dos soldados.

A la organización táctica de la Artillería no concedió gran importancia porque en las guerras de la América española, por razones obvias, los patriotas la habían confinado a la defensa de las plazas; en este sentido quedó confiada al oficial francés Beauvilliers.

En cuanto a la instrucción de aquellos noveles soldados, el Caudillo estableció un plan muy sencillo: en las horas de ocio se reu-

nia con sus oficiales y tropa, y a todos daba lecciones de procedimiento militar y táctica; los mandaba a ejecutar ejercicios militares, con lo que alcanzaron sus soldados un perfecto adiestramiento en el manejo del caballo y el empleo de las armas. Todo esto, además del orden que se observaba en las marchas y campamentos, hizo sus hombres le llamaran "El Mayor", y que autoridad tan notable como el general Máximo Gómez lo proclamara "el maestro de todos en la guerra".

Después de acreditar su reputación militar en diversos hechos de armas, un día, en mayo del 70, en completo desacuerdo con el Pre-

sidente Céspedes, presentó la renuncia de su elevado cargo y quedó separado del Ejército; mas no por eso negó a la patria su valioso concurso, porque, rememorando quizás al genial caudillo tebanó, pensó que "si los cargos ennoblecen a los ciudadanos, los ciudadanos ennoblecen los cargos". Agramonte, como Epaminondas, supo ser General y soldado, y cuando las circunstancias lo exigieron, cuando la patria necesitó recursos supremos, ambos supieron ceñirse de nuevo los atributos del mando, escalar la cima de la fama y sacrificar sus vidas en aras del ideal...

El 13 de enero de 1871, fué re- puesto el general Agramonte en el mando de la División del Camagüey. Cuando el excepcional caudillo se puso nuevamente al frente del Ejército, observó, sin inmutarse, la desmoralización de su obra: la disciplina y el espíritu de cuerpo habían decaído notablemente. Y en una elocuente arenga, solicitó el concurso de todos para devolver a las tropas aquellas virtudes militares que él juzgaba imprescindibles para conducir las a la victoria.

No nos parece que sea necesario enumerar la serie de acciones de guerra llevadas a cabo por el "Mayor" en los años 71, 72 y principios del 73. Sin embargo, entre todas sobresalen dos: una, de importancia táctica, el "Rescate del Brigadier Sanguily"; hecho de armas extraordinario, en cuyo resonante éxito concurrieron dos factores decisivos: el principio de la sorpresa y la voluntad de vencer. La otra, de importancia estratégica y política, el plan de invasión a Occidente, ejecutado parcialmente por el general Gómez en la misma guerra de los Diez Años, y que repetido en el 95 por este mismo general y el lugarteniente Antonio Maceo, culminó en el más glorioso episodio de nuestra epopeya libertadora.

Cierra la brillante carrera militar del Héroe, el combate del "Cocal de Olimpo" en que, gracias a la influencia poderosa de su jefe, los cubanos se rehacen de una retirada sangrienta y acometen al enemigo causándole terribles pérdidas, entre ellas la muerte del bizarro teniente coronel Abril, cuya espada conservó Agramonte como un galardón de gloria. El general Enrique Collazo, refiriéndose a esta acción, ha escrito:

"Este combate demuestra claramente el ascendiente inmenso que sobre sus soldados ejercía el Mayor Agramonte y el buen espíritu creado en el naciente cuerpo por él resucitado.

"El soldado que va huyendo— continúa el autor de "Cuba Heroica" — sufriendo por la espalda el fuego del contrario que ya se cree victorioso, necesita tener un espíritu de disciplina y un respeto extraordinario al jefe, para volver grupas y cargar con decisión en el momento de recibir la orden".

IV. JIMAGUAYU

Al combate del "Cocal de Olimpo" siguió la acción de "Jimaguayú", donde cayera a los 32 años de edad, en la plenitud de sus facultades, la más legítima esperanza de los cubanos en el decenio inolvidable de "La Demajagua".

Siguiendo el relato del señor Eduardo Betancourt y Agramonte, nieto del "Mayor" y cuya muerte prematura nosotros deploramos, desde las dos de la madrugada del once de mayo de 1873, comenzó Agramonte sus preparativos para el combate que se había de dar aquel día en "Jimaguayú", porque a esa hora destacó sobre "Cachaza" una patrulla compuesta de un sargento y cuatro hombres, para que fueran a reconocer las posiciones del enemigo.

Realmente el general Agramonte no pensó dar un combate formal porque el 25 de mayo tenía que concurrir a una junta de jefes militares en las Tunas, donde, según se supo después, se trataba de proponer el nombramiento del Caudillo para el cargo de Comandante en Jefe del Ejército Libertador. Deseoso de acudir a la junta de las Tunas con su famosa caballería en buen estado, Agramonte resolvió tan sólo resistir al enemigo, o batirlo en forma si se dejaba envolver por las fuerzas cubanas, que habían sido situadas estratégicamente, y que fácilmente podían

destronar al enemigo si cometían la imprudencia de penetrar en un campo que los cubanos conocían palmo a palmo. Por este motivo, Agramonte ordenó a la caballería que resistiera el ataque enemigo sin contestar.

El potrero de "Jimaguayú" (véase el croquis) era de figura rectangular, con tres de sus cuatro lados cubiertos por el monte, todos los uacles estaban protegidos por las fuerzas cubanas, y el cuarto lado estaba abierto sobre una sabana por donde venía el enemigo, procedente de "Cachaza", a las órdenes del teniente coronel José Rodríguez de León, con fuerzas de las tres armas y un efecto de 700 hombres.

Los cubanos sumaban 500 hombres de infantería y caballería. La formación adoptada para combatir era "El Martillo", como decían los mambises, y decían bien, o sea un ángulo recto formado por las fuerzas de infantería de Las Villas y Caonao, que constituían la

extrema izquierda y centro respectivamente; fuerzas de caballería de Las Villas al mando del Capitán Serafín Sánchez, como reserva en la vereda de "Guano Alto", y la caballería de Camagüey a las órdenes del coronel Henry Reeve ("El Inglesito"), ocupando la extrema derecha.

Agramonte, poco antes de comenzar la acción, a las siete de la mañana, estaba a la derecha de los cubanos, donde tenía la caballería. Allí expresó su intención de no pelear ese día, y dejó su Estado Mayor a las órdenes del coronel Reeve, al que dió instrucciones de encontrarse oportunamente en la finca "El Guayabo". Después se dirigió hacia donde estaba la reserva, con el fin de inspeccionar personalmente toda la línea cubana. Solamente lo acompañaban sus ayudantes, un ordenanza, un asistente, un sargento y dos soldados de su escolta.

Notando Agramonte que los españoles eran pobres de acometividad y no parecían dispuestos a librar un combate formal, envió dos ayudantes a la caballería para que reiteraran al jefe de ésta la orden de retirarse hacia "El Guayabo".

Después de haber hablado Agramonte con Serafín Sánchez, jefe de la reserva, avanzó hacia la izquierda, donde se hallaban las fuerzas de infantería de Las Villas. Estando aquí el "Mayor", se inició el combate por este lugar a las 7 y 30 de la mañana, resistiendo la infantería villareña un vivo fuego con los españoles. A

los pocos minutos la caballería enemiga acometió a la cubana, extendiéndose el combate al ala derecha mambisa. El centro no entró en acción. Los españoles, además de este ataque súbito a las dos alas cubanas, cañonearon el potrero, hasta que rechazados por la caballería camagüeyana, que les dió algunas cargas, abandonaron el campo sin lograr tomar el campamento cubano después de una hora de combate.

Mientras que se desarrollaba el combate de una manera favorable para los cubanos, Agramonte que, como hemos visto, estaba en el ala izquierda también, al oír las descargas de la caballería camagüeyana que combatía con la española rechazándola victoriosamente, en un arrebató de entusiasmo y de valor temerario resolvió cruzar a todo galope el potrero de "Jimaguayú" de izquierda a derecha, quizás para ponerse al frente de la caballería o bien para comunicarse con el coronel Reeve. Lo acompañaban entonces, el teniente Jacobo Díaz de Villegas, un sargento de su escolta, un ordenanza y su asistente.

Al llegar al centro del potrero y poco antes de cruzar un arroyo que lo atravesaba (véase el croquis) se vió envuelto Agramonte con sus cuatro acompañantes por toda la sexta compañía de León, que aprovechándose de la altura de la hierba que la protegía, no disparó sobre el "Mayor" y los suyos hasta que los tuvieron a boca de jarro. Montaba Agramonte en esos momentos su caballo "Ballestilla" y esgrimía la espada que en "Cocal del Olimpo" quitó al teniente coronel Abril, y con ella combatió desesperadamente para abrirse paso por entre el enemigo que lo rodeaba. Derribó Agramonte a un soldado español que cayó muerto y parece que ya en su retirada sobre el camino que llevaba o en el mismo sitio en que luchaba personalmente, una bala procedente de las fuerzas camagüeyanas le rozó el cráneo y le derribó del caballo, que quedó en poder de los españoles que lo habían envuelto en la emboscada. El teniente Villegas, que acompañaba al "Mayor", cayó cerca de éste, combatiendo con igual desesperación; los otros tres, lograron escapar después de hacer inútiles, pero heroicos esfuerzos por llevarse el cuerpo inanimado del jefe. El más avanzado de los tres llevó la noticia a la caballería que, cumpliendo las órdenes recibidas se dirigió a "El Guayabo"

por el camino que orilla el monte y que utilizaron todas las fuerzas en su retirada. El cadáver de Agramonte quedaba, por tanto, perdido entre la yerba crecida y espesa de "Jimaguayú".

Las fuerzas españolas avanzaron en persecución de los cubanos que habían pretendido atravesar el potrero por el centro, y uno de los soldados encontró el cadáver de Agramonte, lo registró, llevándole la cartera que contenía algunos documentos y cuanto encontró de valor. El soldado no sabía leer ni escribir y por esto no pudo sospechar de quién se trataba. El cadáver después de esto fue abandonado; los españoles curaron sus heridos, enterraron trece cadáveres de sus fuerzas, y como a las once de la mañana se retiraron hacia "Lorenzo", donde acamparon.

A eso de las cuatro de la tarde los españoles comenzaban su retirada hacia "Ingenio Grande", cuando el soldado se entretenía enseñando a sus compañeros los documentos hallados en la cartera quitada al cadáver de Agramonte y un retrato que era de la esposa de éste. Examinados estos objetos por el jefe inmediato, se

dió cuenta al jefe de la columna de que "un soldado sabía el sitio donde debía estar el cadáver de Ignacio Agramonte y Loynaz", y en seguida el jefe dispuso que un piquete de caballería al mando del comandante Ceballos, y llevando como guía al soldado, condujera el cadáver al campamento, lo que se llevó a cabo sin interrupción. A las nueve de la noche regresaba Ceballos a "Ingenio Grande" con el cadáver de Agramonte.

Realmente los cubanos no dieron por cierta la muerte del "Mayor" hasta que todas las fuerzas se reunieron en "El Guayabo". Entonces se optó, a las 11 de la mañana, por mandar a Serafín Sánchez con unos sesenta hombres montados, a buscar el cadáver de Agramonte. Registraron afanosamente el campo, removieron las fosas españolas para buscar entre sus muertos el cadáver del Caudillo, y, a las tres horas, mucho antes de que Ceballos viniera desde "Ingenio Grande", se retiraron de aquel lugar, en la certidumbre de que los españoles se lo habían llevado...; mientras que entre las yerbas permanecía oculta la reliquia que buscaban! Una inspección minuciosa e inteligente hubiera evitado el espectáculo que más tarde habían de dar con aquel cadáver los que

procediendo en la misma forma que Barbarroja con Arnolfo de Brescia, aventaron las cenizas del héroe para privarlo de toda adoración o para escarnecerlo después de muerto...!

Emitiendo un juicio crítico del combate de "Jimaguayú", podemos decir que el plan de combate dispuesto por Agramonte fue acertado, pues previó el caso de que el enemigo vendría a buscarlo para desquitarse de la derrota del "Olimpo". Pero el "Mayor"—la dicho Serafín Sánchez—en aquellas ventajosas condiciones que el desarrollo del combate ofrecían, no debió dejarse llevar de su impetuoso brío de guerra y entrar en la acción como un simple soldado de fila. Su carácter de Primer Jefe le exigía lo contrario de lo que fatalmente hizo. Así se hubiera ahorrado la patria la honda aflicción de verlo caer en un combate sin

importancia, y perderlo tan prematuramente, cuando se esperaba de su juventud, de su entusiasmo y de su devoción el acometimiento de empresas geniales...

#### OPRENDAS

Y para terminar copiaremos a continuación unos párrafos muy sentidos de la carta que los generales Máximo Gómez y Julio Sanguily, enviaron con motivo de la muerte de Agramonte, a la señora Amalia Simoni.

El original que se conserva, dice así:

"Señora:

"Honda ha de ser vuestra amargura, como es grande el dolor que el pueblo entero de la doliente Cuba experimenta por la irreparable pérdida del ciudadano benemérito que derramó en "Jimaguayú" su sangre generosa. Y si una rara coincidencia, una combinación de extrañas circunstancias privó al héroe del postrimer honor que se tributa al militar al entregar sus restos a la tierra, centenares de soldados aguerridos se congregaron al circular la infausta nueva, y envueltos aún en el humo de la pólvora no contuvieron una lágrima de dolor que rodó por sus mejillas".

"Había caído para siempre el Jefe incontrastable, el maestro de todos en la guerra, el modelo del valor y la constancia, el que a sus nobles cualidades de guerrero y de patriota reunía las prendas de un caballero; el que era respetado como Jefe, el que era amado como amigo".

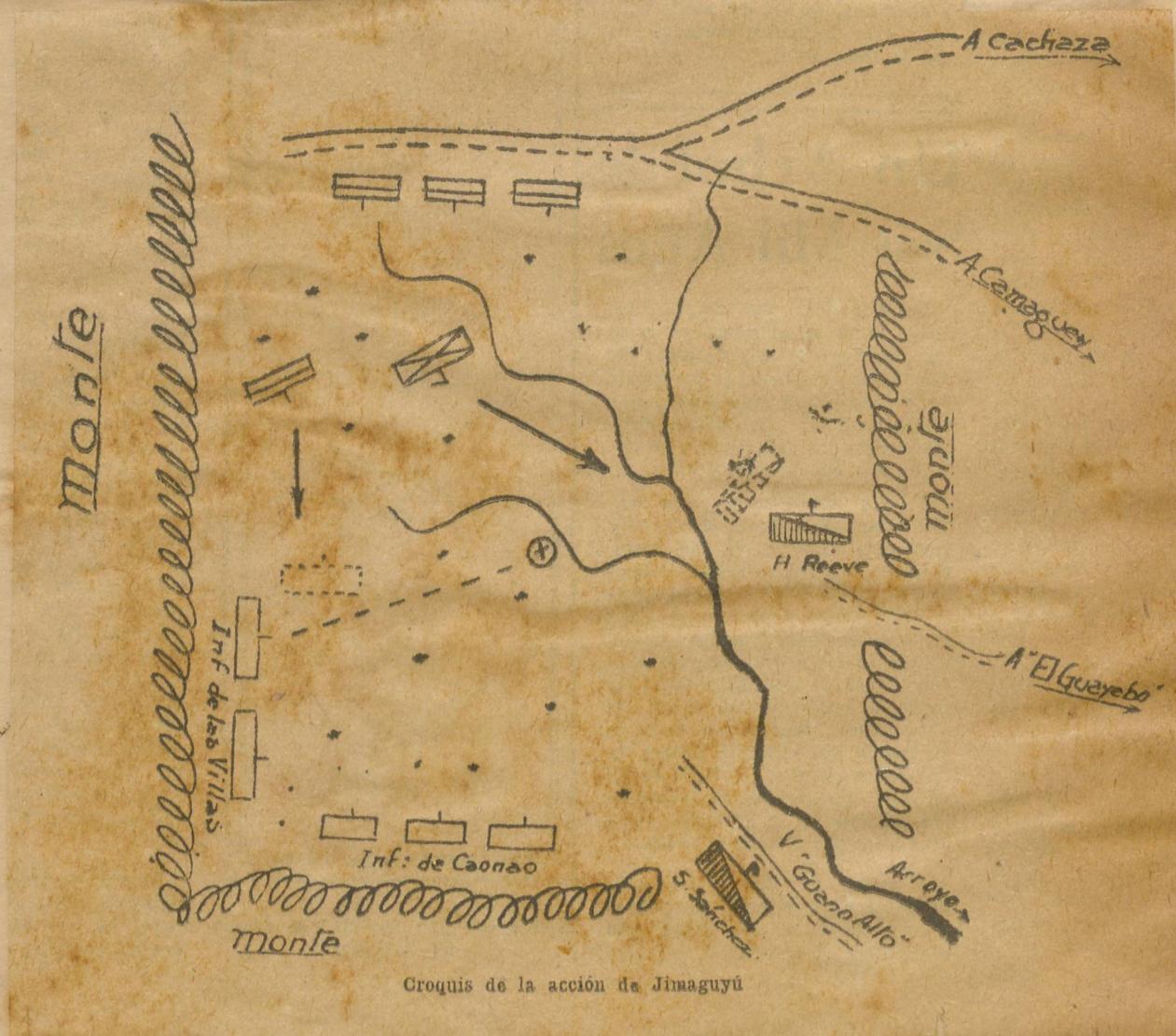
"Allí, en aquel acto solemne, todos lloraron: es verdad; pero no era aquel llanto infructuoso del desaliento y de la desesperación; era el llanto varonil de los soldados de la patria; era la conciencia, que a todos imponía el deber de honrar la memoria del valeroso adalid como se honra a los héroes en la guerra".

"Y su memoria, señora, será honrada, que no en vano se consagran a la patria años de afanes mil y de fatigas coronadas por gloriosa muerte; y sus altas lecciones, su grandioso ejemplo, serán imperecederos, como será inmortal el nombre de Ignacio Agramonte y Loynaz".

*Mayo 13/34*



N. de R.—El presente trabajo contiene detalles interesantes de la vida pública de uno de los hombres más grandes de Cuba. Es un estudio crítico que su autor ra realizado siguiendo el método usado en la Escuela de Cadetes del disuelto Ejército de Cuba. AHORA, con motivo de el aniversario de la muerte del General Agramonte, ofrece a sus lectores el texto integro de tan cuidadoso estudio.



May 13/34



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA